

CELINO

-Celino, qué quieres a estas horas? No estás cansado del día que también quieres acabar con la noche?

-Quiero contar todas las estrellas que hay en el firmamento y necesito un poco más de vino.

-Vete a dormir, Celino, que ya es muy de noche y la noche tan cerrada nunca trae nada bueno.

Todos apreciábamos a Celino, lo conocíamos desde pequeño, y ha sonado mucho el levante desde entonces. Su familia no era de aquí, llegaron del norte del país de un lugar cerca de la frontera. Decían que venían de un valle muy verde perdido entre montañas tan altas que el eco de la voz del hombre duraba días en irse y el invierno era tan largo y tan frío que se pasaban los días encerrados en sus casas como si estuviesen maniatados de tanta nieve como había. Por eso se vinieron al sur porque ya estaban cansados de tanto frío y de tanta nieve, porque ellos contaron cuando llegaron que el invierno se hacía tan eterno como cuando duelen las muelas que el dolor parece que no se termina nunca. Además se veía que no eran de aquí porque eran altos y de ojos muy azules, de un azul tan raro que sólo cuando vi el mar por vez primera pude asemejarlo. Pero eran buenos y trabajadores y a Celino lo queríamos de veras.

Su padre era un hombre alto más alto que todos nosotros y siempre llevaba una boina negra sobre su poco pelo blanco. Celino también era grande y alto. Cuando llegaron de aquel valle frío compraron un trozo de tierra a las afueras del pueblo, era buena tierra, tierra para sembrar el trigo, también compraron una casa al lado de la casa de los Márquez. Y allí fue donde nació Celino.

-Celino, quieres escuchar lo que te digo?

-No, sólo quiero más vino. Me duele aquí dentro en el alma y tengo el corazón seco.

-Celino, no te atormentes más. Deja a la vida tranquila y no le busques interés.

-No me da miedo la vida porque ya no la quiero.

-Termina Celino que estás matando la noche y está empezando a llegar el día.

La casa de Celino tenía un patio grande tan grande como la casa y allí jugábamos a ser guerreros cuando éramos sólo unos niños. Nos gustaba jugar con él, con Celino, porque su madre cuando llegaba la hora de la merienda nos preparaba unos trozos de pan con manteca que no podíamos resistir del hambre que ya teníamos. Era muy buena también su madre, la madre de Celino. Además no le importaba que armáramos jaleo porque estaba acostumbrada al ruido, su familia era grande, y Celino tenía cuatro hermanos más. Después del juego había que hacer los deberes que la maestra nos había pedido para el día siguiente y Celino siempre nos ayudaba a los demás porque era más listo que todos nosotros. Así fue el tiempo de cuando éramos chicos, sólo unos niños. Pero, todos sabemos que el que es bueno se le ve desde entonces, igual que el que tiene la condición podrida también se le ve desde entonces.

-Nunca te entran las ganas de dormir ni te cansas? Celino, eso es malo...

-Me peleé con la vida hace un tiempo y ando pegándole tortas a las horas que trae el día.

-Tú sabes que te queremos bien y no te queremos mal alguno, pero duele reconocerte así.

-Así, cómo? Eres mi amigo, no me juzgues porque tendré que aprender de nuevo y ni quiero ni puedo.

-Celino, no quise decir eso.

Fue pasando el tiempo y todos fuimos creciendo y los viejos se fueron haciendo más viejos y se fueron muriendo poco a poco, unos detrás de otros. Recuerdo cuando íbamos al río y recuerdo el cuerpo hercúleo de Celino y su color tostado de bronce iluminado por los rayos del sol de las seis de la tarde. Andábamos durante horas a la peor hora del día, cuando el calor más aprieta y el sudor corre a su gusto por todo el cuerpo. Cuando éramos jóvenes parecía no importarnos la vida. Saltábamos desde la piedra más alta a punto de descalabrarnos y partirnos la cabeza en dos partes para llegar al fondo del río. Celino era el más valiente y su salto era elegante como el de un pez con la boca abierta que ha salido un momento a otear el horizonte y vuelve poco después tranquilo a su río. Entonces se podía beber del río, abríamos la boca como perros chicos que jugasen a morder el agua. También era callado Celino. Ya empezábamos a notar la vida y como si una urgencia tremenda nos cogiera por sorpresa leíamos versos que hablaban de amor con la desesperación que arrastran todos los comienzos en la vida. Entonces éramos sólo unos chiquillos. Y aquí, justo ahí, fue donde empezaron las inclemencias del cuerpo, de

nuestros cuerpos. No sabíamos que hacer con ese calor que se nos metía entre las piernas y se agolpaba tremendo hasta llegar a escupir esa cosa blanca y viscosa como un alivio.

-Te importan las horas, Celino?

-Se terminó el tiempo de mi vida.

-Sabes que todos te queremos.

-Perdóname, amigo.

Ese fue el tiempo en el que se conocieron Natalia y Celino. Nosotros andábamos aún con niñerías, pero Natalia, ella, era ya toda una mujer entera. Los ojos más grandes y más negros que nunca vimos los tenía ella, como dos alfileres negros que así, como sin quererlo, se te clavaban allá dentro en aquel sitio donde más duele. Y su cuerpo entero, completo, desde arriba a abajo, todo entero, era un monte de Venus. Y su pelo negro del color de los hombres del desierto lleno de caracolas de un mar que aún no habíamos visto. Y su boca perfilada con el lápiz del viento y con la sutileza de un leve susurro. De color de fresa eran sus labios. Celino la amó desde el primer momento, en ese instante impreciso y concreto donde se les paró el tiempo para siempre.

Cuánto tiempo ha pasado desde entonces, desde aquel recuerdo. El amor le entró a Celino como un disparo de escopeta. Se miraron a los ojos y sus bocas intentaron remediar ese primer encuentro. Así fue como sin pretenderlo, porque casi nadie pretende lo que ocurre de repente, se fueron buscando, Natalia y Celino, a escondidas, para que no pudiéramos ver cómo se amaban. Celino, entonces, me contaba que el corazón se le ponía tan grande que parecía que quería salir por su boca y que creía que sus latidos se oían por todos lados y que un nudo muy grande le apretaba el estómago hasta que se le iba encogiendo y se le hacía cada vez más chico. Todo esto sentía Celino cuando veía a Natalia. Todo esto...

-Te acuerdas, Celino, o no puedes acordarte porque te hiere el recuerdo?

-Sólo eso me mantiene aún a mi pesar vivo. El aliento de su imagen pegado a mi oído.

-Si tú quieres yo te ayudo.

-Gracias, pero será cuestión de poco..

-No quieres atreverte con la vida?

-No, mi vida se murió y yo ya no tengo vida.

Natalia se casó con Celino por amor y Celino tuvo que casarse por amor con Natalia. A esa belleza de mujer hecha desde que la concibieron, la acompañaba un corazón grande y noble como una catarata que sin que nadie le diga corre ella corre y salta. Siempre tenía una palabra amable, un silencio de acierto, una sonrisa en la boca con esos ojos como estrellas, mirándote como diciendo te quiero. La queríamos todos a Natalia. Pero ella sólo quiso a Celino y ahora lo entiendo.

Durante treinta años los vimos pasear cogidos del brazo como esos árboles que adornan las carreteras que parece que alguien los hubiera puesto así por el puro placer de verlos tan juntos. Y Natalia siempre tan bien plantada con su cabeza erguida de hembra satisfecha y Celino durante cuarenta años haciéndole la corte. No había otros ojos para él que no fueran los de ella, ni otra boca ni otras manos ni otro cuerpo, ni otro ser que ella. Celino la amaba, la deseaba con el ansia del que tiene mucha hambre y el estómago vacío y porque cuando estaban dentro el uno del otro cuerpo la sacudida, el temblor de tierra, era tan evidente que hasta los canarios del patio dejaban por un momento de cantar para escuchar en silencio los gemidos del amor que se tenían Natalia y Celino. Así fue como estuvieron amándose durante tantos años.

Nosotros, los del pueblo, los mirábamos casi con vergüenza, la vergüenza que da la envidia que se quiere esconder, pero que se siente por puro celo. No tuvieron hijos, aunque tampoco les hizo ninguna falta.

-Celino, vas a terminar pronto con tu vida como sigas así. Hay que olvidar, Celino.

-El olvido es la muerte y por eso estoy intentando acabar pronto. Me falta el aire que ella respiraba, me falta la música del sonido de sus pasos, me falta el tacto de sus manos y de sus senos y de todo su cuerpo. Me falta el aliento de su boca.

La casa siempre estaba llena de flores, de astromelias, de lirios blancos y de gerberas de todos los colores. Y la casa olía a gloria que es el perfume de las flores. Una tarde después de muchos años de tanto amarse supimos por Natalia que se nos iba, que nos dejaba, primero a Celino y después a todos nosotros. Lo contó con calma y sosiego y yo ya entonces pensé en el pobre Celino. Natalia murió poco tiempo después de darnos la noticia. Celino aguantó hasta el final como pudo con la entereza de los que tienen el

alma grande, pero cuando ya ella se hubo ido reventó en un dolor grande lo que había ido guardando en sus adentros. Y así empezó su obstinada voluntad de también él querer dejarnos.

-Celino, escúchame...

-Amigo mío, no puedo con este vacío.

La muerte de Celino no nos sorprendió a nadie. Hacía tiempo que parecía que la iba llamando a gritos como si la buscara con la ansiedad del que va tirando de un loco amor desesperado. Encontraron a Celino muerto tumbado sobre vómitos de color malva en el patio de su casa, entre las rosas de los rosales más hermosos que plantó Natalia hacía ya más de veinte años.

Inmaculada Villanueva

31 de julio de 2008